REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 4 | San José de Costa Rica, Lunes 31 de Julio de 1922 | No. 19

El cautiverio de los Aoyaques

DIEGO PELÁEZ

Por MANUEL DE JESÚS JIMÉNEZ

[La Escuela de Varones «Jesús Jiménez», de Cartago, en homenaje al prócer cuyo nombre lleva, celebró una fiesta el 10 de noviembre de 1921. Entonces fué leída la preciosa narración, hasta ahora inédita, que tenemos el gusto de ofrecer a nuestros lectores. En manos de los maestros de la citada escuela la puso don Ricardo Jiménez, y ellos, en las nuestras; fineza que no tenemos como agradecer lo bastante].

Corría el mes de enero de 1599. Diego Peláez cobraba tranquilamente el tostón y el tributo para Su Majestad, cuando he aquí que la llegada repentina de un correo cambió de pronto el aspecto de las cosas en Nicoya.

Fernando López de Gastaco, Juez Comisario para la defensa del Realejo, trasmitía la noticia que, por conducto de la Audiencia Real de Guatemala, enviaba el Conde de Monterrey, Virrey de Nueva España, para que a su vez Peláez la enviara a los Alcaldes de Esparza y éstos al Gobernador de Costa Rica, a fin de que, sin pérdida de tiempo, trasmitida a Panamá, pudiera llegar, oportuna, al Virrey del Perú, en la ciudad de los Reyes.

El suceso era muy grave. Avisaba el Conde de Monterrey que en la Mar del Sur, en la parte que dicen de California, se habían visto cinco velas que se entendía ser de los ingleses.

Como estaban tan frescos los recuerdos de la cruel visita del corsario Drake, el Presidente de la Audiencia dispuso entonces que todos los puertos se mantuvieran apercibidos para la defensa, y que de ellos no saliera buque alguno para ninguna parte.

Diego Peláez, al recibir esa noticia, dió por hecho consumado la catástrofe, pues los tres navíos que entonces se estaban construyendo en la ribera del Golfo de Nicoya, a su juicio, iban a servir de incentivo poderoso a la codicia insaciable del corsario. Inmediatamente trasmitió la noticia a los de Esparza y dió principio a sus trabajos de defensa.

Había que cuidar especialmente de los tres embarcaderos, a saber: el del Rey, el del Capitán Alonso de Enciso y el del Astillero. Para eso se debían poner en juego todos los recursos: encender el patriotismo de los veinte españoles que estaban construyendo los navíos, mover a todos los indios, requerir todas las flechas, preparar emboscadas, prevenir asaltos, en fin, hacer un verdadero plan de campaña.

Al día siguiente no más ya estaba Diego Peláez en el astillero de Nandayorí dictando las órdenes del caso: que Pedro de Arpide se constituya en caudillo del astillero; que, en el chinchorro de Alonso de Enciso, se vaya Pedro Romero a Cabo Blanco para que se esté allí de centinela; que el Alcalde de Santa Catalina envíe luego, al instante, sin dilación alguna, dos indios al vecino cerro desde donde se divisa toda la bahía, para que estén en espía y en atalaya, a fin de que, si entran algunas velas, den el parte y hagan fuego, para que los demás centinelas hagan la propia seña y cunda el aviso; y que como a los arcabuceros españoles les falta lo principal, que es la pólvora, se envíe por ella, sin tardanza, a Nicaragua.

Tomadas estas medidas, regresó Peláez a Nicoya, en donde se ocupó en adiestrar militarmente a sus flecheros. Mandó hacer reseña y alarde general: contaba con doscientos indios flecheros.

Habían de este modo transcurrido veintidós días de fatiga, cuando el centinela de Santa Catalina llegó a Nicoya diciendo que se veía una vela en la entrada de la bahía.

Peláez en el acto se puso en movimiento: envió cincuenta indios a reforzar el Astillero, y él se dirigió con cien a la despensa de su Majestad, punto cercano al Embarcadero Real, (Boca del Tempisque.) Allí supo que la vela parecía de barco o fragata larga y que venía subiendo por el Estero del Rey.

El teniente partió enseguida. Puso sus flecheros emboscados en las partes más cómodas para ofender al enemigo, y de esta suerte esperó el momento oportuno para dar principio a la defensa del territorio y al castigo del corsario. Serían las ocho de la noche cuando llegó un soldado a darle parte de que la vela que había entrado en el estero era de gente española y no de corsarios ingleses. En efecto, era la fragata de maestre Juan Bautista Herrera, que venía de Paita, con un cargamento de vinos. El peligro, pues, había pasado. Peláez había salido bien librado con el susto de la aventura. Su suerte fué la de Costa Rica luego en las vicisitudes de su vida. La paz, esa buena estrella de Costa Rica, rara vez velada, siguió alumbrándola. Muchas veces hemos estado a punto de romper hostilidades con propios o con extraños, pero un incidente cualquiera, inesperado, providencial, nos aparta del inminente peligro y nos conduce nuevamente a los goces de la paz. Felipe II debió de estar inspirado indudablemente cuando dictó «Fide et Pace» por mote de nuestras armas.

No sabemos cuánto tiempo durara la zozobra de Peláez, pero sí sabemos que los corsarios no vinieron por entonces. En el reloj de los tiempos no había sonado todavía la hora fatídica de Esparza, la hora pirática de Sharp. Bien podían seguir los nicoyanos dormitando en su indolencia; bien podía Diego Peláez dispersar y dar descanso a sus flecheros, pues la protectora estrella de este país iba entonces guiando, en las soledades del océano, a las cinco velas corsarias, que se vieron en California, para llevarlas tras su brillo hacia playas menos pobres que las nuestras.

Diego Peláez aparece en 1600 como corregidor de Quepo; en 1601 como juez de naturales para Tierra Adentro; en 1604 como defensor del Adelantado, en el juicio de residencia; y en 1622 como escribano público y de gobernación. El recuerdo de sus servicios militares queda también en los documentos que refieren la jornada que emprendió Don Alonso de Guzmán contra los indios de Aoyaque.

El Gobernador Don Alonso de Guzmán, tomó posesión de su destino el nueve de enero de 1619. Fué duro su gobierno: duro con los españoles, y con los indios, durísimo. Hombre de

carácter dominante, de nadie admitía ningún reparo; y como era también de genio atrabiliario, a nadie le guardaba algún respeto. Cada vez que Don Alonso tenía caliente la cabeza soltaba unas palabras tan atroces que hacía temblar a sus oyentes. El genio del Vicario, bachiller Echavarría, era lo mismo. De él dijo don Alonso, que «el cura Lope de Echavarría era de un genio insufrible y de un carácter turbulento cuando servía el curato, y después que lo destituyeron, se ha puesto peor, porque dice que ahora nada tienen que quitarle». El choque entre ambas potestades era inevitable.

Cierto día, de los primeros del gobierno de Guzmán, en ocasión en que se hallaban reunidos en Cabildo la justicia y regimiento, el señor Gobernador, ardiendo en ira, por las cosas del Vicario, zapateaba y maldecía con escándalo de todos.

—Yo no quedaré contento, gritaba, mientras no haya ahorcado a doce clérigos.

Y el más valiente regidor, tratando de calmarlo, respondía:

—Pero, señor Gobernador...

—Nada, y ahorcado también a doce frailes. Voto a Dios! y a un Papa en medio de ellos.

—Pero Don Alonso, Don Alonso de Guzmán...

—Callad, no me llamo así, que yo me llamo Don Alonso de los Diablos.

Aquella escena impía llenó de espanto a la ciudad, porque ella dió medida exacta de cuanto era capaz de hacer aquel tirano. A juzgar por los aislados datos que existen, esas frases sanguinarias de Guzmán, debieron traer a la memoria de los tímidos vecinos los relatos pavorosos que contaban de otro tiempo los mayores. Este, decían, será como Anguciana, que puso a los frailes del Convento en rudo cepo, maniatados junto a un poste, con cadenas a los pies; que ultrajó con la cárcel y prisiones a cuantos fueron en su contra, y dió azotes por las calles a personas distinguidas del lugar. Este será como el viejo Perafán, que sin admitir la apelación interpuesta para ante la Audiencia, mandaba en el campamento de Arariba ahorcar al acusado. Y ya sentían las cadenas de Anguciana en los pies, o la cuerda infamante de Arariba en el cuello.

Una de las cosas que más les encargaban los reyes a los gobernadores era que cuidaran mucho de los indios; que se indagaran en persona de la causa de sus males; que les oyeran ellos mismos las quejas de sus agravios. Razón por la cual don Alonso de Guzmán, después de recibir en la ciudad los aplausos de su venida y después de haber dado en la sala del Cabildo aquel notable escándalo, a manera de programa de gobierno, dispuso hacer su obligada visita a todos los pueblos de su mando. La visita se efectuó prolijamente. Don Alonso llegó, por la parte del mar Caribe, hasta San Mateo de Chirripó, en donde, por ser pueblo fronterizo con los indios infieles y de guerra, habían anteriormente establecido un presidio militar. Allí permaneció durante varios días inquiriendo los daños que sufrieran los chirripoes; meditando en los codignos castigos; y, sobre todo, descansando de las penas del camino. Allí también estaba Diego de Peláez, pues según él mismo lo declara había ido haciendo compañía al señor Gobernador.

Durante la estada en Chirripó salieron unos indios, mensajeros del pueblo infiel de Aoyaque, ofreciendo someterse de su grado al poder del rey de España, para lo cual sólo pedían que el señor Gobernador enviara con ellos una escolta de soldados, que les diera garantías contra los otros indios rebeldes, que eran muchos más que los aoyaques.

Aquella embajada fué para Guzmán de gran satisfacción, pues le sugirió un proyecto que, a su juicio, había de ser provechoso a la provincia. La ciudad estaba en un estado lamentable. La iglesia, el Cabildo y las casas particulares necesitaban de frecuentes reparaciones, pues que, como eran pajizas, el viento las descubría y las gastaba luego el tiempo. Mas para hacer tales reparos eran precisos los indios, y los indios libres de servicio, o naborías, ya se estaban acabando. Era, pues, urgente buscar nuevos brazos; en los montes los había; pues a traerlos de los montes. Sin embargo, eso no se podía decir así, tan claro, porque las leyes del decoro lo prohibían; pero ¿a qué caudillo han faltado nunca palabras para probar la justicia de sus agravios, la justicia de sus campañas o la justicia de sus venganzas?

En aquel campamento de seguro resonaron entonces, palabras de profunda indignación por las guerras fratricidas que tenían entre sí los aoyaques, hebenas y cureros; por las excursiones salvajes que abatían a Chirripó; y por la muerte injusta que sufrió, a manos de los indios, el misionero Fray Rodrigo. Con eso había y sobraba para llenar el expediente. La guerra resultaba justa. ¡Santiago, cierra España! y adelante.

Un correo fué despachado para don Juan de Guzmán, a Cartago, lugarteniente y hermano del señor Gobernador, a quien se le ordenaba que hiciese leva de soldados y viniera con ellos a reforzar la expedición. En Cartago fué bien recibida la noticia. El Capitán don Juan de Guzmán, al frente de cuarenta y dos soldados, equipados como Dios le dió a entender, se puso en camino para la provincia de Aoyaque, y más allá de Chirripó, en el asiento viejo de Guisirí, pudo dar alcance al fogoso General.

Todos caminaban a pie; los malos pasos de los ríos, las ciénagas frecuentes y las altas serranías hacían tan fragoso aquel camino que no podían ir de otra manera. Así fueron entrando y corriendo las tierras enemigas, lo cual quiere decir: así fueron entrando y desvastando las pobres rancherías que encontraban al paso. Llegaron, por fin, a las riberas solitarias del río Tarire, y en ellas acamparon varios días.

Diego Peláez lo declara y refiere de este modo: «Llegada que fué la infantería y el dicho Gobernador al sitio de un cañaveral, que estaba de esta otra banda del río Tarire, que es donde de esa otra banda solía estar el pueblo de Aoyaque, se asentó allí el real y fué necesario desmontar aquel sitio.»

Esto es, acamparon en el mismo punto en donde antes estuvo la ciudad de Talamanca, pues así lo expresó después don Juan de Mendoza y Medrano, en términos siguientes: «y don Alonso de Guzmán llegó con el dicho aparato al mismo sitio de la ciudad que desampararon los indios cuando se alzaron.»

Los aoyaques salieron de los montes con sus hijos y mujeres, y ofrecieron, cumpliendo su palabra, vasallaje y sumisión. Sin embargo, don Alonso, desconfiado, observó que los indios traían en las manos las lanzas, los arreos y las flechas, quizas las mismas armas que sirvieron en la muerte del fraile misionero, y aquello, en verdad no le gustó.

Don Alonso reunió una junta de guerra para deliberar. Aquella junta recordando, probablemente, la sesión municipal y el vigente programa de gobierno, conceptuó de falsa paz la de

los indios, por haber hablado al general con las armas en la mano. La junta no quiso reparar en la señal de verdadera paz que daban los aoyaques al traer consigo sus mujeres y sus hijos; sospechó recelosa o fingió sospechar una traición, y resolvió, ¡Vae Victis!, que perecieran los aoyaques en traición.

En consecuencia se dispuso construir a la ligera una iglesia de horcones, forrada de caña por los lados, fuerte y espaciosa, en donde se pudiera, con el pretexto de una misa, encerrar y aprisionar a los indios falaces del Aoyaque.

Y así se hizo. Ahí están los documentos auténticos que dicen: «Y habiendo hecho la iglesia, en día domingo, habiendo entrado en ella a oir misa, apercibidos los soldados con sus armas, hizo que prendiesen y matasen a los dichos indios, y a así maniatados y presos, y a sus mujeres, hijos y familias, los trajo a Cartago, que hay treinta leguas».

He aquí, pues, el punto más oscuro, la página más negra de toda nuestra historia colonial. Hablarle de paz al enemigo para lograr su segura perdición; tenderle mano amiga, abrir los brazos para con ellos mismos estrujarlo; convertir el templo en emboscada; trocar el blanco altar en negro ardid y alzar quizás el incruento caliz por señal de ruin combate, ¡oh infamia vergonzosa! ¡oh traición inicua! No habrá para ella perdón en la historia.

Don Alonso de Guzmán hizo su entrada triunfal en Cartago. El desfile debió ser interesante. Don Alonso traía una presa numerosa; venían ancianos y muchachos, caciques y capitanes, mujeres abatidas, con niños a sus pechos y hombres enflaquecidos, con cadenas a los pies; en fin, allí venían cautivos y sumisos los indios todos del Aoyaque.

Mientras se terminaba el proceso los indios fueron encarcelados en la ermita de la Soledad; y allí permanecieron por más tiempo de dos meses, vigilados por una guardia fija de soldados. Diez o doce caudillos expiaron en el patíbulo la ciega confianza que pusieron en la iglesia del Tarire; más de cien indios murieron enfermos en la ermita; y los otros que vivieron fueron entregados al servicio de los prohombres de Cartago.

Los trabajos que entonces padecieron esos infelices indios constan en los viejos e inéditos papeles del archivo: «Y de gran hambre y otras necesidades les dió tan gran enfermedad que murieron, de cuatrocientos que eran, la tercia parte, y fué tan grande la hambre que padecían que fué fuerza dalles licencia para que saliesen de la prisión en tropas, con guardas, a pedir limosna por las calles y milpas, y que saliesen algunos vecinos a pedilla por ellos para las costas, todo lo cual no bastó para podellos sustentar, hasta que porque todos no perecieran, como al cabo han venido a perecer, se le dió arbitrio que diese a los vecinos que los quisiesen, los que pudiesen sustentar y les sirviesen por el sustento; y entonces los repartió a los que eran sus íntimos amigos; y se dieron al alférez Miguel Calvo muchos y con ellos aderezó sus casas; y dió otros a Fernando Farfán y a Gaspar Chinchilla y a Jerónimo Felipe, y a García de Quirós y a Francisco de Ocampo y sus cuñados».

Cuadro pavoroso debió de ser aquel que entonces ofrecía la ermita convertida en estrecha y sucia cárcel. ¡Qué escenas de dolor no debieron verse allí, qué gemidos y lamentos no saldrían de aquel recinto, arrancados por el frío, por el hambre, por la sed! Cuántos ayes doloridos no pondrían los prisioneros en las plumas de los vientos, para enviarle de ese modo la postrera despedida a su patria abandonada, y con qué acento de amargura no alzarían su voz para decir: «Nadie volverá a tender en las aguas de los ríos nuestras redes pescadoras, ni a disparar, veloces y certeras, nuestras flechas cazadoras; ya pueden los peces del Tarire, confiados, lamer en las orillas; y las aves de los bosques, mirar seguras en sus alas las plumas de colores; y las fieras alimañas, sin riesgo, salir de sus guaridas, porque estos infelices cazadores del Aoyaque, derribados en tierra por una mano despiadada que los ahoga, desfallecen y mueren cautivos en Cartago».

El nombre de Peláez no figura en el reparto de los indios de Aoyaque. Aquel botín lo dividieron entre sí los pudientes, y él fué pobre a juzgar por los datos que consigna el testamento de su viuda, la nieta de Juan Vázquez de Coronado. En ese documento se lamenta ella de la pobreza en que vivía. Dice allí, «que su hijo Alonso la ha cuidado y mantenido en su viudez, y que en la estancia de Toyogres, como había venido tan a menos, solamente se contaban unos pocos animales».

A Peláez, sin embargo, no le debió de preocupar mucho la pobreza, porque abrigaba abundantísima confianza en la misericordia próvida del cielo. Vivió un tiempo de encendida fe, así es que para no apartarse ni un ápice de la senda señalada por la Santa Madre Iglesia, cruzaba resignado las tormentas de la vida, seguro de alcanzar mejor con ellas los tesoros inagotables de la misericordia divina. En cierto día del año de 1624, estaban reunidos en la esquina de la plaza varios vecinos principales de Cartago. Don Alonso de Guzmán, formando también parte del corrillo, contóles la porfía que acababa de tener con los frailes del Convento.

Don Alonso sostenía que si él estuviera confesado, comulgado y con propósito firme de la enmienda, bien le podía pedir a Dios el cielo de justicia. Diego Peláez no fué de aquel mismo parecer, pues le respondió al señor Gobernador «que no se metiese en aquello, porque nadie podía saber si estaba en gracia de Dios; y que mejor era ofrecerse a su misericordia infinita».

La fe de Peláez, por lo tanto, era una fe firme, firmísima: la fe del carbonero. Con razón, pues, era tan bien recibido en el Convento, porque, según él mismo lo declara, visitaba como amigo a los frailes franciscanos.

Era el año de 1630. Ya Peláez caminaba agobiado por los años, y es natural que acercándose la muerte pusiera su pensamiento en el tránsito final, y su amistad en aquellos que le habrían de encaminar. Por eso se le veía con frecuencia en el claustro del Convento, sentado en un escaño, arrebujado en ancha capa, cabizbajo y pensativo, aguardando la hora en que a las puertas de la iglesia resonara lúgubre y solemne el postrer adiós: *Per misericordiam Dei resquiescant in pace. Amén.*

La vejez vive tan sólo de recuerdos. Peláez vivía, por tanto, de los suyos. Reclinado en el escaño del Convento, dejaba que su espíritu subiera en las alas del recuerdo a lo más alto de aquel cerro de Santa Catalina, en Nicoya, para ver nuevamente el bellísimo paisaje que había tenido siempre fijo en su memoria; para contemplar desde allí cómo el sol naciente iba dorando con sus rayos encendidos los

copos vaporosos que, en la bóveda del cielo, había regado la Aurora; cómo la tierra estaba de gala, vestida de deleitable verdura, cubierta de árboles y de plantas y de flores de incomparable hermosura; cómo las aguas veleidosas de la mar, encerradas y cautivas en el golfo, se balanceaban suavemente en un rítmico vaivén; cómo las aves soltaban sus cantos regalados y tendían al aire sus alas multicolores; y cómo la savia de la vida tropical circulaba exuberante en las costas nicoyanas: circulaba por el cielo, por la tierra y por el mar; por todas partes se oía: *creced y multiplicaos*. Era, en fin, tan completa su ilusión, que miraba una vela de fragata que subía lentamente por las aguas tersas del estero, y hasta llegaba a percibir del maestro Juan de Herrera aquellas buenas nuevas que portaba de alta mar.

Sin embargo, no siempre eran tan gratos sus recuerdos, ni tan plácidas y amenas las visiones de su espíritu, pues a veces miraba correr un ancho río, cuyas aguas silenciosas discurrían serpenteando por un bosque solitario, terrífico y sombrío, en donde cada árbol, con la luna, proyectaba una fantasma; cada rama, con el viento, lanzaba un alarido; y cada hoja, con las gotas de rocío, lloraba amargamente... —¡Oh, te reconozco, eres el Tarire,—decía Peláez, acongojado. No importa que las sombras de la noche, cual un paño de luto, hayan caído sobre ti; eres el Tarire! Por tus aguas surcaron las fragatas de Juan García Cordero; a tus orillas se alzó la ciudad de Talamanca; allí se irguió triunfante la bandera de Castilla, espanto de los hebenas; aquí se hundieron, sepultados en la yerba, los escombros del Castillo, ludibrio de los cabécares; en aquella otra banda estuvieron los palenques del Aoyaque; en ésta, la iglesia traicionera; y al pie de aquel ceiba gigantesco, ahora tan marchito y arruinado, acampamos nosotros varios días.

Los frailes franciscanos, mientras tanto, cantaban en la iglesia, con cantos de dolor, salmodias armoniosas, llenas de piedad y penitencia, y henchidas de tristeza, y a los oídos de Peláez llegaban concertadas, pavorosas y solemnes las palabras del Profeta: *Miserere mei Domine quoniam infirmus sum*.

Como ya sus sentidos se estaban apagando no podía dar a esas palabras todo el alcance que tenían. Maquinalmente respondía: ¡Señor, Señor, ten piedad de mí, que estoy sin fuerzas y que pronto he de daros estrecha cuenta de mi vida! Y su espíritu vagaba suelto, ágil y libre, girando en derredor de todos los hechos pasados de su existencia. Ponía sus ojos nuevamente en los campos desolados del Aoyaque y econtraba más callado el río, más medroso el bosque, y el ceiba, cada vez más arruinado.

Aquel ceiba majestuoso del Tarire había ido perdiendo, una a una, todas sus hojas, y una tras otras, todas sus ramas. Ya apenas circulaba en el árbol un resto de la savia vigorosa de la vida; y, por eso, falto de alientos, no pudo resistir el suave impulso de una brisa pasajera; crujiendo sus fibras al romperse,—giró sobre su base,— y cayó tendido por el suelo.

En aquel supremo instante de su visión resonaban por los ámbitos del claustro los acentos armoniosos que venían desde la iglesia. Diego Peláez, desfallecido, dejó caer su bastón de peregrino, cerró sus ojos a fantásticas visiones, lanzó un suspiro, y, por fin... volvió a la vida, a la vida en donde el Sol de la Bondad y la Misericordia, cruzando por las bóvedas del cielo, sin oriente y sin ocaso, resplandece visible eternamente.

Cartas dantescas

Dedico estas evocaciones de la profunda obra de Dante a mi lejana amiga, la gentil señorita LOLITA NOTARI, en San José de Costa Rica.

I

AMIGA mía preferida, deseas que, desde el adorable país del Arte, dedique a menudo pensamientos afectuosos a la mejor de mis compañeras de infancia y de adolescencia; quieres que te hable de las bellezas que este país privilegiado encierra y que te diga algo de lo mucho que su literatura posee y que nosotras, por allá, desconocemos casi por completo.

Y empiezo por esto último. Me he deleitado recientemente, en Florencia, la ciudad «reina de las ciudades, corte de perfecta escuela de sabiduría, espejo de vida y modelo de costumbres», escuchando las conferencias que espíritus selectos han venido haciendo acerca de la maravillosa obra del Divino Allighieri.

Reminiscencia de esas deliciosas y profundas frases inspiradas por el más grande de los Poetas que ha tenido y tendrá la Humanidad, son estas cartas que llevan, a la mejor de las amigas, el perfume del más intenso de los cariños.

Estoy leyendo la sugestiva VITA NUOVA, ese análisis adorable de un amor realmente sentido. En esas páginas, en las que han apagado su sed de pasión sincera muchas almas angustiadas, ha podido encontrar esta amiga tuya, de espíritu intranquilo como pocos, un remanso delicioso en cuyas serenas linfas, cual en un espejo veneciano magnífico, logra contemplar los instantes que, egoísta, para ella soñara en las no lejanas horas ingenuas de la primera juventud.

El Amor, así, con mayúscula, que Dante siente por Beatriz, la gentilísima, no es de esas pasiones que olvidan, al desarrollarse, el consejo fiel y sincero de la razón. Al contrario, aquel cariño intenso, siempre sabe dominarse y por lo tanto dominar; sabe siempre imponer su pureza de intenciones logrando así convertirse en el director espiritual de un alma privilegiada que nada hace sin considerarlo, antes, como un homenaje sencillo y respetuoso a la creatura predilecta.

Tanto es así que, en vez de vanagloriarse de la pasión que es su vida misma, en vez de proclamar a todos los vientos el nombre de aquella que se ha posesionado de su voluntad, manifiesta que es el Amor quien lo dirige, ocultando siempre los detalles que pudieran revelar el objeto de sus más íntimas aspiraciones.

Pero despiertan las rimas en el corazón del Poeta apenas sucede algo que se relacione con la Amada: la muerte prematura de una joven a la que alguna vez había visto acompañando a la preferida, le inspira dos sonetos llenos de encanto, el que empieza «*Llorad, amantes, que Amor solloza, al escuchar la razón que provoca su llanto*» y aquel otro, de dolorosa ingenuidad saturado, en el que, dirigiéndose a la pálida segadora, le dice: «*Muerte villana, de piedad enemiga, de dolor madre antigua...*»

Es una pasión especial que sufre lo indecible cuando la mujer amada, destructora de todos los vicios y reina de las virtudes todas, le niega el dulcísimo saludo en el que cifraba su completa beatitud.

El saludo de la preferida, esa cortesía cuyo valor pocos enamorados saben apreciar, ejerce una influencia extraordinaria en el Poeta: ante la esperanza de una mirada afectuosa, de una sonrisa apenas visible y de dos palabras pronunciadas con infinita dulzura, se siente envuelto por una llama de caridad que le obliga a perdonar a quien le hubiese ofendido, perdiendo así toda enemistad; ingenuamente declara que si alguien, en ese momento inefable, algo le preguntase, su única

respuesta sería la palabra Amor pronunciada con acento de humildad perfecta. Quien, entonces, desease saber lo qué es Amor, podría comprenderlo fácilmente observando la inquietud temblorosa de los ojos del amante. En aquel saludo reside la beatitud excelsa de quien muchas otras beatitudes ha conocido.

Y del negado saludo razona, dolorido, con el mismo Amor quien, en una deliciosa visión, le aconseja dirigir a la electa una balada, gentil balada, que ha de exponer ante Beatriz el dominio que, en virtud de las bellezas y de las bondades de ella, tiene sobre el Poeta aquella santa pasión.

Y surge, amiga lejana y cuanto más lejana más deseada, la composición que tú conoces y que empieza: «*Balada, quiero que busques a Amor y con él vayas ante mi Señora a fin de que la excusa mía, que tú has de cantar, razone con Ella mi Señor, el Amor.*» Y más lejos dice: «*Con dulce acento, cuando con El estés, comienza estas palabras después que hayas suplicado piedad: Señora, quien a Vos me manda, cuando gustéis, quiere, si tiene excusa, que de mí la oigáis*».

De esta bella composición, me parecen delicados en demasía aquellos versos en los cuales humildemente dice el Poeta enamorado: «*al fin hazle humilde súplica para que, si le molestase el perdonar, me ordene morir e inmediatamente será obedecida.*»

Y detengo aquí la pluma que se complace en estas deliciosas cosas para seguir, en mi próxima, hablándote de otras maravillas.

Te abraza,

FIORENZA DELL'ARNO

En Florencia, en una mañana de primavera.

(Envío de la autora).

DEL TRAJIN PROFESIONAL

POR J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

En el bufete del Abogado una niña aguarda. Es bella sin ponderación. Unos ojos claros como de siciliana, en una cara donde se diría que está naciendo la aurora y en la cual sonríe una boca que sólo parece hecha para musitar plegarias. Bella, bella, con una como sombra de tristeza en el semblante, que es otra distinguida forma de belleza. Nadie, al verla, sentiría otro deseo que el de aliviar la pesadumbre que la acongoja o el de ponerle sobre la cabeza ennochecida la mano, como para sentir ésta purificada. (Manos que esgrimís puñales homicidas: tocad la cabeza de un niño, y os sentiréis libres del lodo salvaje que os mancha).

Tiene a su padre en la cárcel hace veinte días. Cometió algo que en la jerga judicial se llama delito, y se lo llevaron una noche entre dos agentes del orden. Todo eso está bien: la Ley lo dice. Pero lo malo es que ella y una hermanita única que le queda, no tienen más amparo que su padre ni más cariño que el suyo: son huérfanas de madre; y lo peor es que el padre está enfermo y tiene sesenta y cinco años. (La niña, que entiende poco de Códigos, cree que los que son padres de hijas huérfanas de madre, y tienen sesenta y cinco años, y están enfermos, no deberían ir a la cárcel). Por eso, y porque el viejo sufre allá entre rejas y porque a continuar así podría morirse, ella está empeñada en excarcelarlo. Ella no conoce un artículo de la Ley—ni falta que le hace—, pero supone que no habrá Juez que deniegue la simpleza que ella pide; que si se la negara, ella iría hasta donde el carcelero a suplicarle... y quizá el carcelero, con no haber leído a Beccaria ni a Lombroso, tenga un corazón menos malo que el Juez.

El Abogado le ha dicho que podría intentarse la excarcelación, pero que antes habría que hacer un depósito de una suma de dinero, más o menos considerable para ella y su hermanita, tan pobres, ¡tan desamparadas!

El Abogado, un hombre bueno, de noble corazón, indicó lo del depósito con desconsuelo. ¿Adónde echarían mano para conseguir esa suma? ¡Si él la tuviera!

Al cabo de un rato, el Abogado llega. Ella se levanta inmediatamente.

—Ya puede Ud. pedir la excarcelación—le dice.

El la mira sorprendido diciéndole:

—¿Cómo hizo para conseguir esa suma?

—¿Para qué quiere saber nombres? Dos personas están dispuestas a ayudarme: una me presta esa suma, otra me la regala simplemente.

—¿Y son ellos amigos o siquiera conocidos de su padre?—insiste el Abogado.

—No; apenas los conozco. El que ofrece regalarme la suma, apenas supo que estábamos solas se ha interesado mucho por nuestra suerte, nos acompaña en las noches cuando regresamos a nuestra casa, y muy a menudo nos ha llevado en coche.

—Siendo así, mi honrado consejo profesional es éste,—repuso él—: si la única fórmula para que su padre salga de la cárcel es la del depósito, y éste no puede conseguirse de otras personas, que se quede en la prisión; Ud., pretendiendo realizar un acto noble, no haría más que consumar una desgracia.

—Pero es que mi padre se morirá si no lo sacamos pronto!—dijo nerviosamente la niña.

—Podrá ser cierto; pero es que si lo sacáramos, en las condiciones expuestas, la muerta sería Ud. Yo creo que su padre tendrá alientos para vivir aún enfermo en la prisión, si sabe que cuando salga, mañana o pasado, los brazos y los labios de ustedes lo aguardarán con la ternura del cariño paternal; pero no, si sabe que al abrazarla a Ud., mañana a su salida, la encontrará cambiada por dentro y por fuera; por dentro, porque su pureza se haya quedado en las groseras manos de un Don Juan, y por fuera, porque la indumentaria rica con que la obsequiara un galán adocenado, reemplazaría esa modesta que ahora lleva y que es como un sayal de virtud,—concluyó el Abogado.

Ella no se convencía, y mientras tanto, meditaba yo, perdido en ese mundo de filosofías que nada enseñan, que hasta dónde tendría su padre el derecho de exigirle a su hija el sacrificio de entregarse a un mercader a cambio de su libertad, y hasta dónde lo tendría la sociedad para censurar a quien se inmolaba por salvar la libertad y la vida de su padre.

Octubre de 1920.

(Envío del autor).

OBSERVACIONES DE UN ANDARIEGO

LIBERALES DE CERA

POR J. M. BLAZQUEZ DE PEDRO

Ignoro quien es el autor del editorial «Por los patrios ideales», aparecido en *La Estrella de Panamá* del 3 de mayo de 1922. Alguien me ha dicho que es un señor que se titula liberal. Con total franqueza me resisto a creer que pueda ser liberal, aunque se lo llame. Parece más bien un faná-

tico adorador del conservadurismo. La persona más ultraconservadora y más clerical de Panamá no hubiera logrado superar a tamaño escrito, en tendencias reaccionarias y en conceptos manidos, por más de que se lo hubiera propuesto.

Ni de intento, es posible decir más desatinos contra el sentido común, más herejías contra el Liberalismo, más monstruosidades contra la Verdad.

Ahora que la Rusia bolchevique se hace por demás necesaria y se impone en todas partes; ahora que los soberbios gobiernos aliados discuten con ella, lo cual es ya por sí solo una buena porción de su reconocimiento; ahora que su delegado Tchicherin triunfa de modo rotundo e indiscutible en la conferencia de Génova, y se acredita como uno de los primeros polemistas del mundo, se le ocurre a este señor atrasado y anacrónico arremeter contra la República de los Soviets. No hubiera podido efectuarlo en peor ocasión, lo cual es un signo claro de torpeza. Cuando se ataca sin razón, para no quedar en evidencia, se necesita por lo mínimo saber elegir los momentos propicios, que permitan dorar un poco el sofisma o la falsedad.

Ignora o finge ignorar las realidades más divulgadas, reconocidas ya por todos, incluso por los gobiernos y por los periódicos de las naciones aliadas. Por ejemplo, que el hambre que se padece, *sólo en una región de Rusia*, es resultado de la sequía únicamente, de una sequía como no se conoció jamás otra en la tierra.

Esto lo ha pregonado el explorador Nansen, que no es comunista, pero sí un hombre de gran corazón, muy sereno y justo, que lucha como pocos por conmover a Europa y al resto de la Humanidad, para conseguir que nadie deje de socorrer al trozo del país ruso que carece de lo más indispensable. Quiero repetir aquí las siguientes palabras suyas, expresadas a un periodista francés, que yo cité ya en mi crónica rotulada «Por los hambrientos rusos»:

«Cuando la gran plaga del hambre en 1891, la cosecha, en el Gobierno de Samara, fué cinco veces mayor que el año pasado. En aquella fecha, habían caído *treinta y dos* milímetros de lluvia. En el último año sólo han caído *siete* milímetros».

¿Querrá sostener el señor editorialista que los bolcheviques tienen la culpa de que no haya llovido con oportunidad en una sección de Rusia? No me asombraría que tal cosa sostuviese.

A fin de que mis lectores puedan formarse idea del sentir y del pensar del referido señor, copio de su editorial el párrafo que continúa:

«La tierra donde ayer no más—pues lapso de ocho o diez años es una nonada en el correr del tiempo—vivían mal que bien todos los habitantes bajo el zarismo opresor y tiránico, hállase convertida hoy en vasto campo de muerte».

Atreverse a decir, a insinuar siquiera, que bajo el zarismo *opresor y tiránico* vivían «*mal que bien*» todos los habitantes de Rusia, es el colmo de los más estupendos colmos. Bajo el zarismo opresor y tiránico, nadie podía vivir mal que bien; más del noventa y nueve por ciento de los rusos vivían de seguro mal, exclusivamente mal, rematadamente mal, inconcebiblemente mal. Mejor expresado, no vivían ni bien ni mal; morían por miles cada año, en la horca, en las prisiones, en Siberia, en medio de las calles, en todos sitios y circunstancias. Y morían de múltiples maneras, después de haber sido torturados por los procedimientos más bárbaros, derrochando con ellos la crueldad más concentrada y horripilante que jamás han visto los siglos. Esto es evidentísimo, lo han propagado y execrado hasta los periódicos más conservadores del Globo entero, lo saben y lo retesaben ya los animales, las plantas y las piedras.

Además, ese mismo párrafo en que se pretende presentar al zarismo como superior al sovietismo, es por su propia redacción un contrasentido incuestionable, un disparate colosal. Si se afirma que el zarismo era *opresor y tiránico*, ¿cómo podría vivirse *mal que bien* bajo su mando? La opresión y la tiranía, ¿no son siempre odiosas e inadecuadas por completo para la vida de los pueblos, no constituyen en todo lugar y tiempo el peor de todos los males? ¿O es que el editorialista se propone admitir por un solo instante que, habiendo de sufrir un imperialismo, unánime y universalmente declarado opresor y tiránico, se puede vivir de otra traza que no sea mal, siempre mal, tan sólo mal, en exceso mal?

A quienes así despotrican sin ton ni son contra la Revolución Rusa, tratando a la par de defender al cien mil veces infame zarismo, yo no titubeo en llamarles al menos liberales de cera, porque huelen desde muy lejos a sacristía, y porque su pretendido liberalismo es tan blandengue y tan ficticio que se derrite de prisa, cuando recibe los vapores de la olla presupuestívora o de cualquier otra en que se preparen guisos a base de convencionalismo y de claudicación.

Panamá.

(Envío del autor).

La mimobiosis (1)

Por T. von BÜLOW D. Sc.

[Traducido y arreglado por el autor, para el Repertorio Americano].

Nos permitimos crear el término *mimobiosis*, para designar las experiencias que con mucha exageración se han denominado: biogénesis experimental, citogénesis, plasmogénesis, etc. Todas estas designaciones se prestan a equívoco, dado que, como lo veremos más lejos, en ninguna de estas experiencias se ha logrado verdaderamente *crear la vida*; no se hace más que imitarla, parodiarla groseramente.

La producción artificial de la vida es uno de los problemas que más han llamado la atención de los biólogos; es quizás, el que los cautiva por sobre todo.

Sabido es, que, antes de Pasteur, (2) el mundo científico, admitía corrientemente la posibilidad de la generación espontánea. Las experiencias del insigne biólogo parecían haber solucionado definitivamente la cuestión en el sentido negativo sin dejar lugar a que el problema se planteara de nuevo. Pero no ocurrió así; los partidarios de la producción artificial de vida han continuado sus experiencias diciendo: las experiencias de Pasteur no han demostrado que sea imposible hacer *in vitro* materia viviente, ellas prueban únicamente que: *en las condiciones que se colocó Pasteur la generación espontánea no es posible*. Ignoramos si Pasteur quiso demostrar otra cosa, pero de cualquier manera que sea, numerosos científicos han seguido experimentando en ese sentido, sin que hasta ahora hayan tenido el menor éxito.

El problema tiene probabilidades de continuar siendo insoluble, pues, si aun admitiendo la posibilidad de resolverlo, no vemos en ningún momento de la historia de la ciencia emplear un peor método para solucionar una más ardua cuestión. Digámoslo de una vez; los que quieren resolverlo se abandonan completamente al azar, aun cuando en apariencia lo gobiernen.

(1) Publicado en *Echos do Brasil*, Ginebra, 15 noviembre 1915, este artículo no pierde su actualidad; recientemente en el *Scientific American Monthly* ha sido tratada la misma cuestión.

(2) Pasteur. Compt. Rend. Ac. (des Sc. 1860 a 1866), Ann. de China. A Physique. 1862, LXII, p. 110.

La verdadera biogénesis sería aquella que, mediante procedimientos de síntesis química condujera a la obtención de albúminas vivientes. Sólo este método es realmente científico y merecería el nombre de biogénesis; aquí no nos vamos a ocupar de él.

Los que practican la *mimobiosis* emplean preferentemente dos métodos: los unos se han limitado a repetir, con alguna variante, las muy viejas experiencias de Traube, es decir, fabrican vesículas minerales cuya pared permite los cambios osmóticos y consiguientemente el aumento de volumen de dichas vesículas. Los otros mezclan más o menos, al grado de su fantasía, varios cuerpos químicos y al cabo de algunos días buscan los organismos que se hayan podido formar; o bien someten diversas substancias a la acción de los nuevos agentes físicos (Rayos X, radioactividad, etc), e imaginan poder así obtener materia viviente.

* *

PARA tratar científicamente esta cuestión, el primer punto por resolver es el saber si, teóricamente, es posible o no, hacer en el laboratorio materia viviente. La respuesta depende, evidentemente, de la teoría que se adopte en lo que respecta a la naturaleza de los fenómenos vitales. Un vitalista afirmará netamente que la producción artificial de vida es imposible. Los que, al contrario, consideran que la vida no es sino un fenómeno físico, químico, o físico-químico, deben, si están íntimamente convencidos de lo bien fundado de su teoría, responder en sentido afirmativo.

He aquí las opiniones expresadas a este respecto por algunos de los más connotados biólogos contemporáneos:

Según Prenant [1] «la biogénesis *in vitro*, la producción de substancia viviente, no debemos considerarla como una utopía irrealizable».

Naegeli piensa: «que el día que se sepa hacer la síntesis de la albúmina se habrá encontrado la manera de reproducir experimentalmente el protoplasma viviente».

Benedickt [2] no solo admite esa posibilidad sino que llega a considerarla como un hecho ya realizado.

Raph. Dubois, admite también la biogénesis experimental y en un momento dado creyó haberla obtenido al descubrir los *eobios*.

Félix le Dantec, en una carta dirigida al Dr. Antao de A. Brasil y que éste tuvo la bondad de comunicarme, manifestaba que no creía de ningún modo que la posibilidad de la generación espontánea estuviera demostrada por las experiencias hasta hoy realizadas. En esa misma carta, consideraba Le Dantec que él creía en la posibilidad de la generación espontánea, pero que estaba convencido que exige condiciones en extremo difíciles de realizar hoy día y que ella no podría realizarse en circunstancias tan primitivas como en las que se han colocado algunos sabios que han tratado de obtenerla.

(1) Prenant, Bonin et Maillard, *Traité d'Histologie* (París, 1904).

(2) Benedickt *Biomecanisme* (París 1905).

Los biólogos hasta aquí citados admiten todos, más o menos fácilmente, la posibilidad de llegar a *hacer vida* en un recipiente de cristal, sin que para ello se tome como punto de partida materia viva. En otros términos, ponen en tela de juicio el famoso aforismo: *Omne vivum ex vivo.*

Son, por el contrario, pocos los autores que duden del posible éxito de estas tentativas, pero es necesario reconocer que si como cantidad son pocos, su calidad compensa, y mucho, su escaso número. De otra parte, sus opiniones, que transcribimos a continuación, son mucho más explícitas que las de los biólogos anteriormente citados:

G. Bonnier [1] escribe: «No es más difícil crear de una vez un elefante que crear una fracción de materia viviente. Cuando el hombre haya resuelto este problema se habrá hecho más creador que el Creador mismo, más fuerte que la naturaleza entera, más potente que el Universo infinito».

Weissmann, no obstante admitir la posibilidad de la generación espontánea, no cree en la biogénesis artificial.

Pero lo más enérgico que se ha escrito sobre el asunto corresponde a E. Rabaud [2], quien se expresa así:

«Recientemente S. Leduc ha creído descubrir el secreto de los más complejos fenómenos vitales sumergiendo en una solución de gelatina diversas substancias que forman una membrana semi-permeable y dan lugar a una intensa corriente osmótica. Estas substancias se extienden y adquieren formas muy diversas que recuerdan más o menos las formas de algunos seres vivientes: de esta semejanza, muy vaga y completamente superficial Leduc deduce que la osmosis juega un papel preponderante en el génesis de los seres. La verdad me obliga a decir que reputados biólogos toman en serio todos estos ensayos. Hay necesidad de insistir para demostrar que estas burdas imitaciones, de una candidez sin igual, no tienen, con el fin que ellas persiguen el menor contacto?»

Se explica fácilmente que se encuentren tantos biólogos que crean en la posibilidad de la biogénesis experimental y tan pocos que la juzguen irrealizable. Ello es el resultado de la dirección tomada en los últimos tiempos por la Biología: siendo la moda de interpretarlo todo por la físico-química, la lógica requiere que la producción artificial de la vida sea, para los partidarios de esas hipótesis, un hecho realizable por procedimientos físico-químicos.

(1) G. Bonnier. *Le monde vegetal*, París 1910.

(2) E. Rabau, *d'Elements de Biologie generale*, París 1920.

No pretendemos desarrollar aquí una teoría sobre la naturaleza de la vida; séanos sin embargo permitido hacer una simple anotación; la vida se manifiesta en ciertos cuerpos albuminoides como el magnetismo se manifiesta en ciertos hierros; pero así como el solo hecho de llegar a extraer hierro de un mineral no basta para obtener hierro magnético, tampoco nada nos indica que bastaría preparar por síntesis substancias albuminoides para obtener substancia viviente.

He aquí como se expresa M. Arthus [1] refiriéndose a este tema: «En numerosas cuestiones de fisiología, las investigaciones metódicas de los experimentadores han mostrado que hechos biológicos pueden ser asimilados a las leyes físico-químicas; es legítimo esforzarse en multiplicar el número de hechos que habrán así recibido una explicación científica definitiva. Es, sin embargo, imprudente afirmar que todo en biología es física, química o mecánica: científicamente tal vez sea posible; pero seguro, de una manera absoluta, no lo es. Los antiguos vitalistas que pretendían reducir todos los fenómenos de la vida a un principio vital distinto de la materia organizada viviente, cometían un error; pero los antivitalistas del tiempo presente que pretenden reducir todos los fenómenos de la vida a la física y a la mecánica cometen uno no menos grave, y hay razones para admirarse de que hombres que reprochan a los antiguos el haber hecho filosofía y metafísica cuando de biología se trataba en lugar de haber hecho ciencia pura, hagan, a su vez, en sus generalizaciones precipitadas, mucha más metafísica que ciencia y enuncien más afirmaciones que demostraciones no hacen».

(Concluirá).

(1) Maurice Arthus. *La Physiologie*, París, 1920.

Errata

Nos interesa que se tome en cuenta la que aparece en la p. 244, REPERTORIO anterior, 1ª columna, línea 3ª Debe leerse así:

They will *I expect* be interested, etc., etc.

POETAS COLOMBIANOS

ALBERTO CARVAJAL

[De Cali, Colombia, nos remite el señor Carvajal su último libro: RITMOS BREVES. Se compone de Salmos, Elegías, Motivos terrígenos y Poesías: 60 motivos poéticos, desarrollados con suma habilidad, con un sentimiento tan vivo del paisaje y del ambiente. Todo es cosa propia, sentida, en el libro que nos ocupa. Escogemos unas cuantas poesías, que dirán de las excelencias artísticas de la obra más de lo que pudiéramos decir nosotros].

DOMINGO

La vida hoy tiene ensoñadora calma
de aguas tranquilas. Un florecimiento
de savia joven bulle en los jardines.
Va perfumado el viento
con aromas de rosas y jazmines;
y otro florecimiento hay en el alma.

¡La paz dominical! Son de campanas;
crujir de sedas y olor a incienso.
Un dulce atardecer en las ventanas;
grato rememorar de horas lejanas,
y en sus ojos y en mí amor inmenso!...

ESE VIEJO RELOJ...

El reloj da la hora. Conversamos,
como ayer, ella y yo junto a la lumbre;
dos almas que se buscan...¡pero estamos
ya tan lejos los dos!...Cubrió la herrumbre
la llave que ceder hizo las puertas,
tras plática cordial, de nuestras almas,
que al reclamo de Amor fueron abiertas
a una entrada triunfal de himnos y palmas.

El reloj da la hora. ¿Canta o llora?
Hay algo que no sé en sus campanadas.
Es el mismo reloj, la misma hora
en que dijo su voz arrulladora:
—«No te vayas aún...» ¡Noches sagradas!

Un rayo de la luna sobre el piano
se quiebra dulcemente; en la distancia,
el río insomne entre la noche, ufano,
entona su canción, y del cercano
jardín llega a nosotros la fragancia.

Nada ha cambiado allí. Todo lo mismo.
Mas nuestro afecto sí... ¡cuán diferente!...
De sillón a sillón hay un abismo
que separa mi boca de su frente.

Toda una evocación, la de esa historia,
trae el viejo reloj... Sus horas dejan
un dulzor inefable en mi memoria,
como la miel de besos que se alejan...

El eterno tic-tac; la hora que suena;
la sugestión profunda de la sombra;
el arrullo del agua que serena
mi espíritu y parece que la nombra...
Un placer que se fué... ¡La vida es buena!

CREPUSCULO DE LA ALDEA

La niebla ha flotado triste
esta tarde en la montaña,
y ha bajado silenciosa
hasta un rincón de mi alma.

En la torre carcomida,
bajo las nubes de plata,
esta tarde, gris y nieve,
han llorado las campanas;
han llorado una canción
en que hay promesas y lágrimas,
una canción dolorosa
como de amor... sin palabras...

Y la niebla y el dolor
de la esquila atormentada,
han agitado en mi espíritu
una memoria lejana...

Una mujer... un ensueño...
unas manos adoradas...
y un rumor lejano y dulce:
la virtud de sus palabras...

sus palabras, que cayeron,
una a una, entre la calma
del crepúsculo... y sus manos
a mis manos enlazadas...

En la torre carcomida
se han dormido las campanas...
Luego ha caído la noche
en la aldea solitaria...

INGENUIDAD AMABLE

Dime, zagalita,
zagalita que vas en silencio,
¿no has visto a tu hermana?...

Ha tiempo que voy por el campo
buscándola... y nada
me dicen los lirios,
ni las margaritas, ni las rosas blancas.

Sonoramente se queja el arroyo
y deja ir su pena entre hilos de nácar,
y empina su talle gentil el nenúfar
en florecimiento pleno sobre el agua...
La vacada pace tranquila en el prado,
en tanto la brisa destrenza las ramas;
se deshace el turpial en elogios,
y está llena de sol la mañana...
Y la busco en vano;
interrogo... y nada
me dicen la brisa, ni el prado silente,
ni los hilos cantantes de nácar.

Me han contado que ayer en el pueblo
alegres decían las campanas,
un himno nupcial, y de blanco
estaba la iglesia adornada...

Dime, zagalita,
zagalita, que vas en silencio,
¿no has visto a tu hermana?

LAS TARDES DE LA HACIENDA

El sol que ardió en el llano se está apagando;
los caballos relinchan en la guinea;
en el patio un buey viejo rumia y colea
con sus mansos ojazos siempre soñando...

Una pareja idílica pasa volando
hacia el guadual cercano que cabecea
al beso de las auras. Campos y aldea
en la creciente sombra van naufragando...

Al caer de la noche llega del llano,
mezclado con el grito de los pellares,
el mugido de un toro, grave y lejano.

Se estremecen las hojas en los palmares;
llora un perro la ausencia de amiga mano,
y platican los sapos en los cañares.

EL BOGA

Cada boga era un dios y cada palancazo un milagro.
HUMBOLDT

Con ceñirse una guirnalda de pámpanos habría podido pasar por el dios del río.
JORGE ISAACS

Tranquilo y sonriente por el río
va de pie conduciendo su piragua,
y soñando, a la vez que hunde en el agua
su audaz palanca, en el feliz bohío.

Tornó su piel de bronce el sol bravío
de las cálidas márgenes del Dagua.
Al evocarle así mi mente fragua
el poema triunfal de un dios tardío.

¡Qué es imponente, es grande y es hermoso
verle vencer las turbulentas ondas
fiando a su destreza su destino,

bajo el iris de un sol esplendoroso,
y al circundante amparo de las frondas
que dan aire de gloria a su camino!

PAISAJE DE LA TARDE

Como un rosal maravilloso abierto
sobre el monte, fulgura el Occidente,
y suspiran las hojas tristemente
como llorando algún capullo muerto.
Encienden sus hogueras los pastores
en la sierra lejana. Entre el concierto
crepuscular entonan sus amores
las zagalas a orillas de la fuente
mientras llenan el cántaro, y sus flores
deshoja entre las ondas el Poniente.
Y cual una dorada mariposa,
que huyera de los hálitos del día,
se asoma, con mirada cautelosa,
tras la montaña azul, la estrella mía!

EL POEMA DE ISAACS

On n'ecrit pas cette histoire, on la chante.
LAMARTINE

LIMINAR

En las horas de azules remembranzas,
al ritmo vesperal de mis dolores,
como en cofre de lágrimas y flores,
he buscado mis muertas esperanzas

en el hechizo del Poema... (danzas
de ternuras y cantos, y fulgores
de un ensueño de mágicos colores
que va en pos de mentidas lontananzas...)

Me dice ese poema la tristeza
de la tarde en un ¡ay! paso, muy paso,
cuando en las vueltas del camino reza

el viento al claroscuro del ócaso;
del recuerdo la mística terneza,
y de la noche el fúnebre aletazo!

I

MARÍA

Yo podría morirme conforme dándole mi último adiós.
JORGE ISAACS

Sobre la niebla que en el bosque ondea
siento flotar su espíritu de aurora:
fresco capullo que el Amor enflora
y los ensueños de su mente crea.

Con tintes de crepúsculo pasea
el jardín su mirada voladora:
último rayo con que al monte dora
la moribunda lámpara febea.

Y aun tarda Efraím... En haces suelta
su cabellera de oro, y lentamente,
como entre bruma luminosa envuelta,

se pierde... El «ave negra» en el vallado
da su siniestro canto, y Occidente
empapa en gris el rostro ensangrentado.

II

EFRAÍM

Una hora después... ¡Dios mío, tú lo sabes! Yo había recorrido el huerto llamándola, pidiéndosela a los follajes que nos habían dado sombra, y al desierto que, en sus ecos, solamente me devolvía su nombre.

JORGE ISAACS

Esa su voz!... Se pierde en el vacío
de abrumadora realidad cargada.
Silencio... Nadie acude a su llamada:
mudos están la flor, la selva, el río...

¡Mas no, que con su aroma el bosque umbrío
le habla de amor!... Y a su ánima cansada
hace buscar la luz de la mirada
que le arrulló en las noches del estío.

¡Solo!... ¡Estar solo!... y ver que se derrumba
en el vórtice negro de la tumba
a un cadáver atada la esperanza,

¡y aun sentirse vivir!... Su hondo lamento
tiene la eternidad del sentimiento
y el encanto del bien que no se alcanza!

III

LA CASA DE LA SIERRA

Fijos estaban mis ojos sobre las colinas iluminadas, al pie de la sierra distante, donde blanqueaba la casa de mis padres.

JORGE ISAACS

¡Era una tarde azul. Con suave trazo
el sol, cual una lámpara agotada,
lanzaba su postrera llamarada
sobre el mullido y oriental ribazo.

Allí brillaba al nítido brochazo
del astro, como garza inmaculada
entre nido de palmas dormitada,
—de un idilio inmortal blando regazo—

la casa de Efraím. Allí dormidos
¡tantos ensueños vi, tanta ventura;
tantas promesas rotas por la suerte!...

¡Cómo quedan las plumas en los nidos!
¡Cómo salvas, Amor, la sima obscura!
¡Cómo triunfas del Tiempo y de la Muerte!

NOTA DEL AUTOR.—En una reciente edición de las poesías de Isaacs, hecha en Barcelona bajo la dirección de don Ventura García Calderón, se hizo al autor de este libro el altísimo honor de incluir, al lado de un magistral estudio de Sanín Cano, y a manera de introducción a la obra poética de Isaacs, los sonetos que acaban de leerse: pero en una forma defectuosa. Esos sonetos fueron inspirados por la primera lectura de MARÍA. Son obra de la adolescencia; necesitaban, por consiguiente, correcciones. Hoy aparecen en su forma definitiva.

Una carta para García

POR ELBERT HUBBARD

Las gentes que nunca hacen más de lo que se les paga, nunca obtienen pago por más de lo que hacen.

ELBERT HUBBARD

APOLOGIA

Este pasatiempo literario, «Una carta para García», fué escrito una tarde, al terminar la cena, en solo una hora, el 22 de febrero de 1899, día del natalicio de Washington, para publicarlo inmediatamente en el número correspondiente a marzo, de la revista «Philistine». El tema brotó espontáneamente de mi pluma, después de un día de ardua labor, en que me había empeñado en convencer a algunos provincianos de que dejaran su estado comatoso y se transformaran en hombres radio-activos.

Pero la idea verdaderamente surgió de una pequeña discusión, mientras tomábamos el té, en que mi hijo Bert sostenía que Rowan era el verdadero héroe de la guerra de Cuba. Rowan había ido solo y cumplido su misión —había entregado la carta a García.

La idea me vino como un relámpago. Sí, el muchacho tiene razón: el héroe es el hombre que cumple su misión—que entrega la carta a García.—Me levanté de la mesa y escribí «Una carta para García». Me preocupé tan poco del escrito, que se publicó en la revista sin encabezamiento. La edición salió y a poco empezaron a llover pedidos por 12, 50, 100 ejemplares de la revista; cuando la American New Co. pidió 1,000 ejemplares, le pregunté a uno de mis ayudantes cuál era el artículo que estaba llamando la atención;—esa historia acerca de García,—fué la respuesta.

Al día siguiente recibí un telegrama de George H. Daniels del New York Central Railroad, que decía así: «Deme precio de 100,000 ejemplares del artículo de Rowa en forma de folleto, con un aviso en la portada sobre el Empire State Express, y diga cuándo pueden hacer la entrega».

Contesté dando el precio y avisando que la entrega la podríamos hacer en dos años. Disponíamos de tan pocos elementos, que imprimir 100,000 folletos era para nosotros una difícil tarea. El resultado fué que dí permiso a Mr. Daniels para reimprimir el artículo por su cuenta. Lo hizo en ediciones de medio millón de folletos. Mr. Daniels distribuyó 2 ó 3 lotes de medio millón y, además, el artículo fué reproducido en más de 200 revistas y periódicos, y ha sido traducido a todas las lenguas vivas.

A tiempo que Mr. Daniels distribuía «La carta para García», el Príncipe Hilakoff, Director de los ferrocarriles rusos, quien estaba de visita en los EE. UU. y era huésped del Ferrocarril Central de New York, hizo una jira por todo el país bajo la dirección personal del mismo Mr. Daniels. El Príncipe conoció el folleto y se interesó en él, probablemente más por el hecho de que Mr. Daniels lo distribuía en número tan crecido que por otra causa.

De todos modos cuando regresó a su país lo hizo traducir al ruso y lo repartió entre todos los empleados de los ferrocarriles rusos. De Rusia pasó a Alemania, Francia, España, Turquía, Indostán y China.

Durante la guerra ruso-japonesa cada soldado ruso que iba al frente llevaba un ejemplar de «La carta a García.» Los japoneses al encontrar el folleto en manos de los prisioneros rusos supusieron que sería una cosa buena y lo tradujeron al japonés. Por orden del Mikado se repartió un ejemplar a cada uno de los empleados civiles y militares del Gobierno Japonés. Se han impreso cerca de 40 millones de ejemplares de este folleto. Parece ser esta la mayor circulación a que una obra literaria haya llegado durante la vida de su autor, en toda la Historia—gracias a una serie de accidentes afortunados.

E. H.

«UNA CARTA PARA GARCIA»

HAY un hombre que aparece en el horizonte de mi memoria como Marte en el perihelio, siempre que oigo hablar de la guerra de Cuba.

Cuando se rompieron hostilidades entre España y los Estados Unidos, había urgencia en comunicarse inmediatamente con el Jefe de los insurrectos. García se hallaba en alguna fortaleza natural de las montañas de Cuba, pero nadie sabía en dónde. No era posible llegar a él ni por correo ni por telegrafo. Sin embargo el Presidente necesitaba obtener su cooperación, y esto inmediatamente.

¿Qué hacer?

Alguien dijo al Presidente. Si alguna persona puede dar con García es Rowan. Se buscó a Rowan y se le entregó una carta para llevar a García.

No tengo especial interés en referir aquí cómo Rowan, después de recibir la carta, guardarla en una bolsa de cuero asegurada contra su corazón, desembarca a los cuatro días en la costa de Cuba, de noche, atraviesa un territorio hostil para salir al extremo opuesto de la isla al cabo de tres semanas, después de haber cumplido su misión.

El punto que quiero acentuar es este: Mc Kinley dió a Rowan una carta para entregar a García; Rowan recibió la carta y no preguntó: «¿dónde podre encontrarlo?»

¡Por Dios vivo! Hay un hombre cuya figura debe ser vaciada en bronce inmortal y su estatua colocada en todos los colegios del mundo. No es la instrucción del libro la que necesitan los jóvenes, ni instrucción acerca de ésto o aquéllo, sino un robustecimiento de la columna vertebral que

les permita ser leales a la confianza depositada en ellos, obrar rápidamente, concentrar sus energías, ejecutar la obra—llevar la carta a García.

El General García no existe ya. Pero hay muchos otros Garcías. Quien se proponga sacar avante una empresa en que necesite la colaboración de muchos, no puede menos de quedar estupefacto ante la imbecilidad del común de los hombres, su incapacidad o su falta de voluntad para concentrar la atención en un asunto y ejecutarlo.

La regla general parece ser: colaborar a medias, tonta desatención, fría indiferencia, trabajo sin entusiasmo. Ningún empresario podrá llegar al éxito si no logra tener la colaboración completa de sus subalternos, ya sea por fuerza o por engaño, a menos que Dios en su bondad obre un milagro y le envíe un Angel de la Luz como ayudante.

El lector puede poner mis palabras a prueba: llame uno de los muchos ayudantes que trabajan en su oficina y déle esta orden: «Consulte la enciclopedia y hágame el favor de sacarme un extracto de la vida de Correggio». Cree Ud. que su ayudante le dirá. «Sí señor» y pondrá manos a la obra?

Ni por pienso. Le lanzará una mirada vaga y le hará una o varias de las siguientes preguntas: «¿Quién era él? ¿En qué Enciclopedia? ¿Será esa mi obligación? ¿No será la vida de Bismark la que Ud. necesita? ¿Por qué no ponemos a Carlos a que le busque eso? ¿Necesita Ud. eso con urgencia? ¿Quiere que le traiga el libro para que Ud. busque allí lo que necesita? ¿Para qué quiere saber eso?

Y apuesto 10 a 1 a que después de que Ud. haya respondido a las anteriores preguntas y le haya explicado cómo encuentra la información y para qué la necesita Ud., el ayudante se retirará y buscará otro empleado que le ayude a buscar a García, y regresará luego a informarle que no existe tal hombre. Puede suceder que yo pierda mi apuesta, pero si la ley de los promedios es cierta, no la perderé. Si Ud. es cuerdo no se tomará el trabajo de explicarle a su ayudante que Corregio se busca en la C y no en la K, se sonreirá Ud. suavemente y le dirá: «dejemos eso» y luego buscará Ud. personalmente lo que necesita averiguar. Y esta incapacidad para una acción independiente, esta estupidez moral, esta enfermedad de la voluntad, esta mala gana para coger y levantar, estas cosas son las que retardan el advenimiento del socialismo hasta un futuro lejano. Si los hombres no obran para sí mismos, ¿qué harán cuando el beneficio de su esfuerzo sea para todos?

Se palpa la necesidad de un capataz armado de garrote; el temor de ser despedidos el sábado por la tarde retiene a muchos trabajadores en su puesto. Ponga Ud. un aviso solicitando un secretario y de cada 10 postulantes, 9 no saben ni ortografía ni puntuación, y consideran innecesario saberlo.

¿Podría tal persona escribir la carta para García?

En cierta ocasión me decía un jefe de una gran fábrica: ¿Ve Ud. ese Contador que está allí?

—Sí; ¿qué ocurre?

—Es un gran Contabilista; pero si lo envío a la parte alta de la ciudad con cualquier objeto, puede suceder que desempeñe su misión correctamente; pero puede que en su viaje se detenga en 4 cantinas y al llegar a la calle principal de la ciudad haya olvidado todo lo relativo a su comisión. ¿Podría confiarse a tal persona el llevar una carta a García?

En los últimos tiempos es frecuente oir hablar con mucha simpatía del pobre trabajador víctima de la explotación industrial y del hombre honrado, sin trabajo, que por todas partes busca con empeño ocupación, y a todo esto se mezclan palabras duras contra los que están arriba.

Nada se dice del jefe de industria que envejece prematuramente, luchando en vano por enseñar a ejecutar inteligentemente un trabajo a personas que ni quieren, ni les importa aprender; y su larga y paciente lucha con colaboradores que no colaboran y que sólo esperan que vuelvan la espalda para malgastar el tiempo. En todo almacén y en todo fábrica hay una continua renovación de empleados. El Jefe despide continuamente gente que se ha mostrado incapaz de dar impulso a la industria de su patrón y otros vienen a llenar los puestos vacíos. Y esta escogencia no termina nunca ni en tiempos buenos ni en tiempos malos: con la sola diferencia que en los tiempos malos, de escasez de trabajo, la selección se hace mejor —pero en todo tiempo y siempre, el incapaz es despedido. Esta es la ley de la supervivencia del más capaz. Por interés propio todo patrón conserva a su servicio los más hábiles, es decir, aquellos que pueden llevar la carta a García.

Conozco un hombre de facultades verdaderamente brillantes, pero inhábil para manejar sus propios negocios, y absolutamente inútil para servir a terceros, porque lleva siempre consigo la insana sospecha de que sus superiores lo oprimen o tratan de oprimirlo. Ni sabe dar órdenes ni sabe recibirlas. Si se le enviara a llevar una misiva a García, contestaría probablemente: «Llévela Ud.» Hoy ese hombre vaga por las calles en busca de oficio, mientras el viento silba, al pasar, por las hilachas de su vestido. Nadie que lo conozca se atreve a emplearlo por ser él un semillero de discordia. No le entra la razón y sólo es sensible al taconazo de una bota Nº 9 de doble suela.

Comprendo que un hombre tan deformado moralmente merece tanta compasión como uno físicamente deforme: pero al compadecerlo recordemos también a aquellos hombres que luchan por sacar triunfante una Empresa, sin que sus horas de trabajo estén limitadas por el pito de la fábrica y cuyo cabello se emblanquece prematuramente debido a la lucha para conservar en sus puestos a individuos de indiferencia glacial, imbéciles e ingratos que deben a sus iniciativas el tener pan y hogar.

¿Habré exagerado demasiado? Puede ser; pero cuando todo el mundo habla de todos los trabajadores sin distinción

quiero tener una frase de simpatía para el hombre que logra llegar al éxito, para aquél que luchando contra todos los inconvenientes dirije los esfuerzos de otros y, cuando ha triunfado encuentra que en el éxito no había nada para él, excepto pan y abrigo escasos. Yo también he trabajado a jornal y he hecho la comida con mis propias manos; he sido patrón y sé por experiencia que hay mucho qué decir de parte y parte. No hay excelencia propia de la pobreza; los harapos no son recomendación; ni todos los patrones son duros y rapaces como tampoco los pobres son todos virtuosos.

Mi corazón está con aquellos obreros que trabajan lo mismo cuando el capataz está presente que cuando está ausente. Y el hombre que cuando se le entrega una carta para García la lleva tranquilamente sin hacer preguntas idiotas y sin la intención perversa de arrojarla en la primera alcantarilla que se encuentre, y sin otro ánimo que conducirla a su destino, este hombre nunca es despedido de su trabajo, ni tiene que entrar en huelgas para obtener aumento de su salario. La civilización es una larga y ansiosa lucha en busca de tales individuos. Todo lo que un hombre de esta clase pida, lo obtiene; lo necesitan en todas partes: en las ciudades, en los pueblos y en los villorios; en las oficinas, fábricas y almacenes. El mundo pide a gritos tales hombres; los necesita—y los necesita con urgencia—a aquéllos que puedan llevar una carta a García.

(Colombia. Medellín).

El Presidente de Chile habla con los educadores de la nación

Allá, como aquí, se trabaja por la nueva política educacional, tal como en parte ya está resuelta en nuestros actuales Programas de Educación Primaria.

«Santiago, 9 de enero de 1922.

Señor don
Maximiliano Salas Marchán
Presente

Mi estimado amigo:

Lo felicito sinceramente por su brillante y conceptuosa disertación de ayer en la Asociación de Educación Nacional.

Cuando Ud. dice que «con mayor ahinco debemos iniciar, desde la escuela, la devoción por la benevolencia, la ayuda mutua y la cooperación», traza Ud. todo un programa de política educacional que, caso de realizarse, efectuará una verdadera transformación en nuestro país abriéndole una ancha y nueva vida de progreso y de engrandecimiento. Precisamente es lo que nos falta, benevolencia, ayuda mutua y cooperación.

Desde el puesto que me encuentro lo noto en cada instante. Me falta la cooperación de los elementos dirigentes que conmigo comparten la responsabilidad del Gobierno, me falta en todos y en cada uno de los ciudadanos. En las diversas esferas de la sociedad se nota que nadie juzga con benevolencia a los demás, falta en absoluto la ayuda mutua y nadie presta la cooperación absolutamente indispensable para el bien común y el progreso social.

La tendencia más difundida entre nuestros conciudadanos es la de juzgar las cosas individualmente, con absoluto egoísmo y sin tomar para nada en cuenta que forman parte integrante de un organismo a cuyo bienestar y progreso debe atenderse por sobre todo y ante todo.

No se imagina Ud. cuántas horas de amargos desalientos golpean mi espíritu por la falta del objetivo preciso a que Ud. llama con tanto acierto la atención de los educadores. Si los educadores forman una generación penetrada de una gran benevolencia, de un espíritu de ayuda a los demás y de un sentimiento de cooperación, tengan Uds. la seguridad de que habrán hecho un bien tan grande a la República como el de todos aquellos ciudadanos ya desaparecidos que han comprometido la gratitud de sus semejantes por grandes obras de bien social y de progreso.

Todos los cuerpos de orden físico están regidos por la ley de la afinidad y la cohesión que les da forma, dureza y estabilidad; los organismos sociales requieren y necesitan la cooperación para consolidarse, para luchar y para alcanzar eficientemente los elevados fines de adelanto y de bienestar común.

Reiterándole la expresión sincera de mis felicitaciones y suplicándole que continúe en su noble sacerdocio esta obra de redención nacional, soy de Ud. muy atto. SS. y afmo. amigo,

(f) Arturo Alessandri».

«Santiago, 11 de enero de 1922.

Excmo. señor don
Arturo Alessandri P.
Presente

Excmo. señor Presidente:

He recibido con profunda gratitud la felicitación con que V. E. se ha dignado honrarme por la exposición que hice en la última Asamblea de la Asociación de Educación Nacional, respecto de los problemas que entraña la supresión de la Preparatoria de los Liceos.

Debo atribuir las generosas palabras de V. E., más que a mi trabajo, demasiado modesto para tan alta distinción, al noble propósito de V. E. de alentar a los servidores públicos, por humildes que sean, cuando los guía un sincero espíritu de mejoramiento de las instituciones nacionales: es éste, quizás, caso primero en la historia de nuestra democracia, en que un Presidente de la República hace sonar su voz de aplauso en el alma de un profesor, sin otro mérito que ofrecer gustoso su buena voluntad para proponer el desarrollo de las actividades educacionales del país.

Chile ha realizado grandes progresos en todas las ramas de la educación pública: no podemos menos de reconocerlo y tributar nuestra admiración a todos los hombres esforzados, que, dentro o fuera de la enseñanza han contribuido a colocarla en la situación en que ahora la vemos. Pero es posible hacerla avanzar más aun; y si ello es posible, se convierte en un deber no retardar un solo momento su progreso.

Tal como V. E. se sirvió indicarlo el día en que se constituyó la Comisión de Reforma de la Enseñanza, una de las primeras medidas que deben adoptarse en beneficio de la educación pública, es reforzar la formación del alma del ciudadano, del ser social, pronto a prestar un concurso al desarrollo del bienestar común y de nuestras instituciones democráticas.

Todos palpamos los inconvenientes, los daños que recibimos, individual y

colectivamente, de la falta de benevolencia, de comprensión, de mutua ayuda, de respeto por los intereses generales. A diario presenciamos que no los hechos sino simples rumores; no los grandes propósitos sino pequeños detalles de forma; no la ventaja y la pureza de la doctrina sino la resistencia de antipatías personales, asumen una fatal preponderancia y siembran el fermento de las sospechas, de las desconfianzas, las odiosidades que, con su acción disociadora, obstruyen y paralizan el movimiento ascensional de la República.

Para prevenir estos males que, a no remediarse, pueden llevarnos a trágicas consecuencias, la escuela, el liceo y la Universidad, deben dar a los alumnos la inteligencia de la vida social, mediante el conocimiento de lo que pasa a su alrededor, de las actividades del trabajo en sus distintas formas; debe guiarlos a descubrir la solidaridad social, y habituarlos a sentir la responsabilidad por lo que hacen o dejan de hacer. De preferencia comunicarles una viva simpatía humana, que aguijonee su iniciativa siempre alerta, llena de interés por todo y por todos deseosa de evitar un dolor y de contribuir a un noble placer.

Si la educación mira un poco menos hacia los libros y un poco más hacia el alma de los niños, podrá reconocer el valer íntimo de cada uno de ellos, ayudarlos a subir a la cumbre de sus posibilidades y dotarlo de los medios para que actúe benéficamente en la familia, en la comuna, en la Nación. En una palabra, la educación debe enseñar a cada niño a trabajar con otros y para otros; y rectificar el duro concepto de la lucha por la vida con el principio alentador y fecundo de la unión para la vida. La escuela y liceo, transformándose en el centro de la comunidad, deben ser la fuente inspiradora de armonía y justicia sociales.

Procuraré, señor Presidente, influir, en la medida de mis fuerzas, y dentro de mi restringida órbita de acción, porque el espíritu social penetre y domine nuestra educación; quiero, así, responder obedientemente a los deseos de V. E., deseos muy gratos de cumplir para mí, pues se avienen con mi anhelo de servir al pueblo y en especial a la juventud que se educa, y coinciden con la tradición que me legara mi padre, que, durante cuarenta y tres años, derramó su actividad y su amor en el campo de la educación primaria.

Permítame V. E. que me atreva a formular mis votos muy sinceros por el éxito de la reforma de la enseñanza, propiciada por V. E. y el señor Ministro de Instrucción Pública, y que constituirá uno de los *más trascendentales acontecimientos de la presente administración* y el estímulo más seguro y poderoso de la concordia y prosperidad nacionales.

Soy muy respetuosamente de V. E. su Atto. y S. S.,

(f) M. SALAS MARCHÁN».

Director de la Escuela Normal «José Abelardo Núñez».

«Señor don José Pinochet Le-Brun,

Presente.

Mi estimado amigo:

Le felicito sinceramente por su interesante y conceptuosa disertación de ayer en la Asociación de Educación Nacional.

Me ocupo preferentemente del problema educacional porque considero que la grandeza y prosperidad futuras de la República, están íntimamente vinculadas a la educación de las generaciones del porvenir y, por eso, sigo con especial interés todo lo que atañe y se refiere a los educadores y a los rumbos que ellos imprimen a su magisterio.

Cuando usted dice: «La escuela ante todo debe educar, o sea, crear aptitu-

des y desarrollar ideales, y, en seguida, debe dar conocimientos de utilidad para responder a las necesidades ordinarias de la vida», fija usted una norma segura, a la cual deben encaminarse y dirigirse las orientaciones de una enseñanza destinada a formar del hombre un ciudadano y un ser social.

Debe evidentemente el hombre tener la suma necesaria de conocimientos científicos para darse cuenta amplia y absoluta del mundo físico que lo rodea, con toda la complejidad y diversas modalidades de sus fenómenos: pero al mismo tiempo, en su carácter de ser social, debe prepararse, como a una herramienta destinada a efectuar un trabajo, de todos los elementos necesarios para afrontar la lucha por la vida y para constituir un factor eficiente de progreso en el mundo social donde desarrollará sus actividades.

Reiterándole la expresión sincera de mis felicitaciones y rogándole que siga incansable en su tarea de orden público, en la seguridad que hace un gran bien a su país, soy de usted muy atento y S. S. y afmo. amigo,

(f) Arturo Alessandri».

«Santiago, 11 de enero de 1922.

Señor don Arturo Alessandri.

Ciudad.

Señor Presidente:

Contesto la honrosa felicitación que se sirve usted dirigirme por la disertación que hice el domingo en el seno de la Asociación de Educación Nacional.

Yo creo, señor Presidente, que cualquiera otro educador de mi patria que hubiera tenido la oportunidad de palpar como yo he palpado las duras realidades de la vida, luchando durante trece años fuera del ejercicio de mi profesión, entre éxitos y fracasos, habría tenido que señalar en nuestra enseñanza pública las mismas deficiencias y los mismos vacíos que me ha tocado señalar a mí.

Porque nuestra enseñanza pública no educa al niño de hoy para convertirlo en el ciudadano de mañana, en el obrero infatigable que — estando capacitado para labrar su propio bienestar—contribuiría eficazmente al progreso y al engrandecimiento de la patria.

Porque la instrucción pública de Chile, con la mejor intención del mundo, ha querido hacer de cada niño un sabio; sin reparar en que si cien sabios que no sepan ganarse el pan de cada día sería muy honroso alimentar, será, en cambio, muy oneroso alimentar a cuatro millones de sabios que sean incapaces de procurarse el alimento diario.

Cuando yo he luchado solo, sin ayuda, en las actividades ordinarias de la vida, he comprendido que—sin perjuicio de ser un modesto intelectual —me faltaban las aptitudes que aseguran el éxito en la lucha honrada de la vida. Y lo que no me enseñó la escuela ni el liceo ni la Universidad, me lo ha enseñado la vida durante largos años de rudo batallar.

Por eso, cumpliendo mi deber de educador, he querido decir a los padres de familia de mi patria que la educación que hoy reciben sus hijos no es la educación que hará la grandeza de la patria ni procurará la tranquilidad ni el bienestar de sus hijos, y que—en cambio—será un criadero de pesimistas, de desorientados, de demoledores, que, preparados para un mundo que no existe, en vez de amoldar su mentalidad al mundo social que los envuelve, se sentirán inclinados a demoler ese mundo para amoldarlo a su propia mentalidad.

Por eso, secundando las generosas aspiraciones de la Asociación de Educación Nacional, yo deseo que nuestra educación pública tenga una finalidad distinta de la que ha tenido hasta hoy, y prepare verdaderos ciudadanos que quieran sostener con sus esfuerzos las instituciones de la patria, cooperando inteligentemente y con espíritu científico a mejorarlas, pero no a demolerlas.

Repitiéndole mis agradecimientos por su valioso estímulo, me es grato suscribirme su afmo. y S. S.,

(f) José Pinochet Le-Brun»

(*Revista de Educación Nacional.* Santiago de Chile).

UNA PERSECUCION UNIVERSAL AMENAZA A LOS JUDIOS

LEOPOLDO LUGONES AFIRMA QUE EL ANTISEMITISMO ES UNA CREACION DE FRAILES Y PATRIOTEROS

EL POR QUE DEL ANTISEMITISMO Y DOS CLASES DE ANTISEMITAS.

La opinión de don Leopoldo Lugones sobre el problema, por la autoridad del nombre que la apoya y por ser también él uno de los amigos con que cuentan entre nuestros intelectuales los israelitas, ofrece asimismo un interés especial.

Campechano, entusiasta, sin reparar en palabra más o menos, como habla siempre el autor de las «Las montañas del oro», nos dice de sopetón:

—La cuestión judía, es una cuestión que quieren crear los frailes y algunos patrioteros bellacos. Ya no hay gallegos para combatir y como los patrioteros y los frailes necesitan siempre un enemigo para justificar su existencia, ahora quieren hacer creer que el judío es el enemigo. Es un clavo que buscan para colgarse.

No es fácil someter a un interrogatorio conciso al señor Lugones. Su abundancia de conocimientos y de pasión hace que, iniciado el tema, desborde por sí sola su verba elocuente. Así, enseguida de darnos esa opinión general, prosigue:

—Hay dos clases de antisemitas: los católicos o cristianos fanáticos y los hipócritas. Los primeros son los que después de veinte siglos quieren vengar todavía la muerte de su Cristo y aconsejan derechamente la violencia contra los israelitas; los segundos son los que, como Ford, no tocan la historia, no quieren agresiones, piden que se los asimile a los israelitas, pero son unos encubiertos agresores también.

Estos últimos existen sobre todo en

Norte América, porque allí tienen ese estúpido cristianismo que les está haciendo mucho mal. Como en todos lados, por otra parte, el cristianismo no ha hecho más que mal siempre».

UNA OPINION SOBRE CRISTO.

—Yo no creo en la existencia histórica de Cristo; pero, en fin, guiándonos por las Escrituras, ¿quién era Cristo, sino un miembro más de la casta sacerdotal, que se peleó con los otros por cuestiones de profesión? De otro modo no se explicaría que dijesen los Evangelios que había echado del templo a los mercaderes. Los echó porque era dueño de casa y no le convenían. Ni usted ni yo podríamos ir a la Catedral a arrojar a nadie que hubiese allí. Nos dirían que nos metíamos en casa ajena. En cambio, uno de los frailes puede echar de allí a quien le dé la gana: es dueño. Pues lo mismo sucedió con Cristo. En último término, su fracaso fué una cuestión de código. Venía a negar la ley y a insultar a los otros y lo castigaron.

Pero, es claro—recalca:—la humanidad siempre se hace matar por lo que no comprende ni conoce.

NO HAY JUDIOS MAS QUE EN RELIGION.

—Para mí—añade—el ente judío no existe más que desde el punto de vista confesional. Si usted me dice que un hombre es judío, será únicamente porque va a la sinagoga y se quita o no se quita el sombrero adentro y porque lee en un libro que en vez de estar escrito de izquierda a derecha, está de derecha a izquierda. Es decir, sólo hay judíos porque practican una religión dada y como individuos de una religión los respeto lo mismo que a los cristianos, que a los musulmanes, que a todos.

Por lo demás, ni en físico ni en costumbres ni en nada hay judíos. Los papanatas nos pintan todavía al tipo de ojos de perro y de nariz encorvada. Ese no es el judío. Ese es el tipo del proletario de la Edad Media, que adquirió tal físico por las miserias, por las vejaciones, por la esclavitud a que lo tenía sometido el feudalismo; pero de él apenas quedan algunos en Alemania y en Rusia. Y si no, fíjese: en Inglaterra ni en Francia ni entre nosotros, por el físico no se distingue de los demás a ningún hebreo. ¿Quiere Ud. más? Gambetta, el gran León Gambetta, el prototipo del francés, gordo, petizo, rechoncho, era judío por parte de padre y de madre. En el mediodía de Francia, sólo los distingue Ud. porque son los que vinieron perseguidos de Alemania, los restos de aquel proletario de la Edad Media.

EL HEBREO EN NUESTRO PAIS.

Le pedimos luego que se refiera a la Argentina particularmente.

—En la Argentina—dice—no conozco a la colectividad isrealita; pero sí he de juzgar de ella por algunos que trato, amigos, que vienen aquí, tengo que decir que son admirables. Todos inteligentes, buenos, trabajadores. En los colegios, en la universidad, en todas partes, ellos son los que sobresalen siempre.

Lo que sí conozco son las colonias agrícolas de Santa Fe, y puedo asegurar que son de lo mejor que he visto. Tiene Ud. allí todavía los viejos, los que han venido de Rusia huyendo de los progroms, que hablan de aquellas persecuciones, como yo los he visto con las lágrimas en los ojos y las barbas temblándoles. Estos viejos, están un poco más apegados a sus tradiciones, pero a los hijos de ellos nacidos aquí, ya no les importa el judaísmo y conviven francamente con las demás razas. Y todos, padres e hijos, son unos admirables agricultores.

—¿No es cierto, entonces, que no se asimilen al país?

—¡De ninguna manera! Ya le digo que ese es el argumento de los antisemitas hipócritas. Y no creo tampoco que entre nosotros haya odio hacia ellos. Aquí no ha habido nunca persecuciones de israelitas. En la semana trágica de enero, no se persiguió siquiera al judío, sino al ruso, porque lo creían maximalista.

EL PUEBLO PERSEGUIDO.

Imposible, naturalmente, reproducir con exactitud todas las palabras del señor Lugones, animadas por una gran firmeza de acento y un derroche de gestos y ademanes que les dan una palpitación calurosa. El concepto, sin embargo, queda expresado con fidelidad en lo antecedente. Para terminar, el señor Lugones nos manifiesta su deseo de que hagamos constar especialmente esta declaración:

—Los quiero, sobre todo, a los israelitas, porque son un pueblo perseguido.

(*Nueva-Era.* Buenos Aires).

Lector amigo: ¿A usted de veras le gusta el Repertorio? Pues consígale un suscritor más, un aviso más. Es el mejor servicio que puede hacerle. Como también indicarle las personas que podrían recibirlo. Nos cabe el derecho de tanteo con ellas.

La ausencia de América en la Conferencia de Génova

POR CARLOS PEREYRA

El artículo publicado por «El Sol» acerca de la exclusión de que han sido objeto los hispanoamericanos al extenderse las invitaciones para la Conferencia de Génova, me interesa más que si estuviéramos allí representados íntegramente. (1) Voy a dar mis razones. Si hubiéramos ido, habríamos ido a uno de tantos Congresos en que hemos figurado como comparsas. No yendo, nos hemos hecho visibles, por la ausencia. Mucho es que nos extrañen quienes forman y traducen la conciencia de España. Veo un renacimiento de sensibilidad, una expansión del espíritu que quiere integrarse en contactos de un valor hasta hoy inapreciado.

«El Sol» plantea cuestiones que revelan un altísimo concepto de la realidad hispánica y de la situación de los pueblos hispanoamericanos. «El Sol» cree que los países hispanoamericanos «aceptan la tendencia hegemónica de los Estados Unidos, sin discutirla, y por lo que parece, casi sin valorarla en toda su gravedad». Y cree que «España contribuye, por su parte, a esta actitud, observando un silencio extraño en la nación que debiera tomar a su cargo la defensa de los intereses y la conciencia hispánica en el mundo».

Cuando esto se lea en América, muchos reconocerán, como lo he reconocido yo, que Expaña existe. Esta manera de afirmar, grave y rotunda, nos era desconocida. Hablo de los que, dispersos en todo el nuevo continente buscando calor de hogar en España, hemos procurado, con afanosa perseverancia, la formación de corrientes que no sean oficiales, que no tengan el sello ni las grotescas levitas de los aniversarios. Las veinte líneas publicadas por «El Sol» valen más que ochenta años de «intercambios» y de todo lo que va incluído en esta odiosa palabra, preñada de insinceridad.

Voy a dar la razón en que se basa mi modo de ver. Yo creo que la obra de España en América no es de ayer. Es de mañana. El error de los pesimistas consiste en suponer que con las batallas de Ayacucho y Santiago, España fué arrojada de América. El año de 1898 debiera inscribirse entre las fechas de gloria. Aquella jornada, como las de 1824, no fué un desastre, sino un bien. Toda la grandeza, toda la fecundidad que hubo en la acción de España durante los siglos anteriores, se había perdido por las infortunadas contingencias de la política y la guerra en las Antillas. El día de Santiago, los hispanoamericanos hicimos una manifestación silenciosa y solemne, descubriéndonos con emoción ante la figura de vuestro insigne almirante. Cervera, sacrificado, consumó la reconquista del mundo americano. Y digo del mundo americano, porque, si nosotros fuimos reincorporados, los de la otra parte del continente, los vencedores, también tuvieron que inclinarse ante el vencido.

He dicho que hoy es cuando el sol no se pone en los dominios de España. Y he dicho también que, si antes el soberano era el rey, hoy el soberano es el «Quijote», un rey de vida perdurable. Por eso creo precisamente que nuestra aproximación no ha de ser obra de políticos ni de comerciantes. Los políticos y los comerciantes la secundarán, si quieren y si pueden. Es unión de espíritus. En el siglo XV hicisteis o hicimos el Descubrimiento; en el XVI, la Conquista. Hoy los términos parece que han de invertirse. La Reconquista, de allá para acá y de acá para allá, se ha hecho; falta el Redescubrimiento. La tarea es larga; pero no la juzgo difícil, ni menos ingrata. Créese vulgarmente que el buen americanismo ha de consistir en saber de memoria los nombres de los presidentes, y en seguir las fluctuaciones de los cambios políticos. Tanto valdría creer que el interés por España ha de traducirse en la torturadora obligación de atender a las vicisitudes internas de los cacicatos.

España tiene un ejército de ciento cincuenta mil hombres en Marruecos y otro de cuatro millones en América. Este segundo ejército no cuesta dinero. No tiene generales. Y no ha perdido una sola batalla. Yo he oído en España algunas palabras de menosprecio para sus emigrantes. Tales palabras me duelen, porque esos analfabetos que toman billete de tercera clase han construído en el frente cantábrico los mejores edificios escolares de la Península. El español que emigra y no vuelve, es, acaso, el mejor agente de patriotismo, porque es el fundador de una familia americana. Así es como España vive en América.

Pero vive, sobre todo y ante todo, por su espíritu. Se me preguntará qué clase de espíritu es ese, incapaz de formar un sistema defensivo contra la agresión del poder absorbente. Y yo diré que es el espíritu difuso de pueblos en formación que han sino capaces de lo heroico, y podrán serlo mañana de aquello que se basa en métodos de lógica constructiva. Cuando Buenos Aires tenía cuarenta y cinco mil habitantes, hizo capitular a un ejército invasor de doce mil ingleses, apoyado por una escuadra y dueño de Montevideo. Hasta los esclavos pelearon por aquella patria. En California, Nuevo México y Tejas, que eran desiertos cuando los conquistó el ejército norteamericano, el español se habla por centenares de miles de personas,

(1) Véase tal artículo en el Nº 15 del REPERTORIO en curso.

y perduran estilos arquitectónicos de muebles y ornamentación creados por nuestros misioneros y colonos. Yo he visitado a la Habana después de dos ocupaciones militares por los Estados Unidos, y encontré una de las ciudades más bellas y más españolas del mundo. Observé que cierto norteamericano tenía un riquísimo léxico español, y supe que lo había aprendido en los grandes prosistas cubanos que escribían contra España.

No hemos podido romper nuestros vínculos, aun habiéndolo intentado. ¿Lo conseguirá el poder económico y militar de los imperialismos? Todo este poder se funda en los formidables avances de la técnica industrial y en las concentraciones plutocráticas del crédito. Europa y América son de Morgan, el hombre o el sistema que domina por la fuerza del oro y de las manipulaciones bancarias. Si esto continuara, no quedaría una sola aldea independiente en todo el planeta. Pero precisamente la técnica es la más infiel de las aliadas. El predominio mundial de los anglo-sajones se basa en un monopolio de combustibles, víveres, transportes, oro y crédito, que desaparecerá a la menor palabra de la química, esa silenciosa que está reservando su intervención. Y aun dentro de la técnica conocida, hay hechos geográficos que pueden presentar el planteamiento de una contienda entre imperios. La última pareció haber englobado el planeta. Pero hay reservas que no entraron en la línea de fuego.

Actualmente las repúblicas hispanoamericanas no pueden asistir a un Congreso Internacional, sino para confesarse tributarias, deudoras y clientes. El capitalismo ejerce sobre ellas un dominio, representado por las riquezas que explota, por los empréstitos que acepta y por las operaciones bancarias con que sostiene la tensión económica. Hay, pues, una tendencia natural a que el amo hable como amo. Esto lo hemos visto con mayor claridad al concentrarse todas las fuerzas plutocráticas en el mercado neoyorquino.

Si el hecho fuera de una permanencia fatal, habría que cambiar de tema. Pero los Congresos pasan y los pueblos quedan. Y el español—¿se me permitirá repetirlo?—no es sólo colonizador, sino creador. No hay en toda Europa un territorio más rico en monumentos. Lo que aquí ha hecho con piedra y buril, lo ha hecho en América con sudor y con sangre.

(*El Sol*. Madrid).

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica